

castellana. Desde finales de los años sesenta fue el líder de los grupos de lectura de Lacan que se multiplicaron asombrosamente. La fascinación por Lacan era parte de la ola estructuralista francesa, iniciada con la publicación del libro de Lévi-Strauss, *Antropología Estructural*, unos años antes. El foco sobre la palabra, el trabajo sobre el inconsciente como un lenguaje, permitía finalmente ponerle el nombre adecuado a las cosas, nombre cuya ausencia identificaba Masotta como origen de lo siniestro.

En 1972, Masotta y el grupo freudiano, que ya publicaba los *Cuadernos Sigmund Freud*, invitaron a Octave y Maud Mannoni a Buenos Aires. Recuerda Maud Mannoni que «lo que más nos llamó la atención durante nuestra estada en la Argentina fue la distancia ideológica existente entre el grupo Masotta y los analistas de la Internacional, disidentes o no». Define a Masotta como un gurú de alta cultura, un filósofo que conocía de memoria los textos de Lacan, que dirige a un grupo que descubre a los pacientes en la práctica privada y, en cuanto a la patología del psicótico, la aprenden mediante las lecturas de Lacan sobre Schreber y no con pacientes de verdad, ya que no hacen ninguna pasantía universitaria. Con este grupo de psicoanalistas, los Mannoni mantienen discusiones sobre todo teóricas, a diferencia del intercambio clínico que realizan con los analistas argentinos tradicionales, ya sea aquellos que permanecían aún en la APA (Bleger, Arminda Aberastury) o los otros que se habían ido en 1971 con los denominados grupos Plataforma y Documento (Marie Langer, Diego García Reynoso). Para algunos miembros del grupo lacaniano, sin embargo, la experiencia con los Mannoni resulta fundamental porque, como recuerda Isidoro Vegh, «Nosotros siempre nos preguntábamos: Lacan es un buen teórico, pero, ¿será un analista? Cuando estuvimos con ellos, nos encontramos por primera vez con dos analistas lacanianos que contaban de su práctica».

La cuestión es que Masotta salta del círculo literario-filosófico-político constituido durante los años cincuenta en torno de la revista *Contorno*, dirigida por los hermanos David e Ismael Viñas, para transformarse en el maestro que preside una red multitudinaria de grupos de estudio lacanianos en castellano, no sin antes dictar conferencias en el Instituto Di Tella sobre el arte *pop* y fundamentar los *happenings* que aquél promovía en la calle Florida. Al decir de Correas: «El primer principio constitutivo del masottismo es la cualidad de la audiencia: es determinante. Médicos, psiquiatras, doctores en algo, pediatras, trabajadores sociales, arquitectos, psicoanalistas independientes de la APA (o incluso alguno de la APA), psicólogos, escritores, librerías, etcétera; esto es, en general, egresados universitarios frente al autodidacta Masotta». Sobre la base de los grupos de estudio también se instala una nueva práctica psicoanalítica, junto con amigos de semejantes antecedentes literarios, como Germán Leopoldo García, pero

también con jóvenes psiquiatras y psicólogos renuentes a acercarse a la institución oficial del psicoanálisis. La práctica clínica, establecida dentro de los nuevos cánones dictados por Lacan, que comienzan por la autorización del analista por él mismo, sin la necesaria asistencia del analista didacta y de la institución que lo ampara, da continuidad a los grupos de estudio y permite a sus cultores más exitosos un remedo efectivo de la práctica establecida desde los años cuarenta por los miembros de APA, es decir, el acceso a una profesión moderadamente rentable desde la cual se puede continuar produciendo cultura psicoanalítica. Cuando Masotta muere en el exilio en 1979, ya existen en la Argentina una diversidad de escuelas lacanianas, producto de sucesivas escisiones, cuyos proyectos clínicos conviven exitosamente con un proyecto cultural de nítida inspiración francesa que pone en primer plano el vínculo entre el psicoanálisis y la palabra escrita.

Esta segunda fundación del psicoanálisis argentino en los años sesenta, como la ha denominado acertadamente Hugo Vezzetti, entabla relaciones con la cultura desde el mismo campo cultural y no ya como una extensión de un psicoanálisis profesionalizado según el modelo clínico de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Como tal, el redescubrimiento freudiano forma parte de un movimiento internacional de la cultura de izquierda que recibe su mayor impulso con el mayo parisino de 1968. En ese contexto, la nueva lectura de Freud se inspira a menudo en Lacan y desborda con amplitud los intereses de una profesión de la clínica. No es para nada casual que en esos años se produzca en Buenos Aires una nueva traducción castellana de Freud, que supera las limitaciones de la más antigua de López Ballesteros, con sus agregados y enmiendas, pero que también corrige el desvío biologizante de la traducción inglesa de Strachey.

Sin embargo, la profesión psicoanalítica, que desde sus éxitos en el consultorio se había desbordado hacia el campo público de los hospitales y universidades, pero también hacia aquéllos de la política, el gremialismo profesional y los medios masivos de comunicación desde fines de los años sesenta, comenzó un período de reconversión hacia el consultorio privado a mediados de los años setenta como respuesta a la violencia política de grupos paramilitares bajo el gobierno peronista y del Estado militar después. Para los represores, el psicoanálisis era uno de los símbolos identificatorios de la subversión. Los psicoanalistas más afectados fueron aquellos que tuvieron una actuación más pública, es decir, aquellos que lideraron el proceso de expansión del psicoanálisis, en su mayoría provenientes y luego disidentes de la APA, y simplemente aquellos que tenían pacientes involucrados en la guerrilla urbana, que reclutó muchos adherentes en los estratos sociales más propensos a ese tipo de práctica terapéutica. Por esta razón, la psicoterapia grupal, tan común en los años anteriores, desapare-

ció súbitamente en los años de la violencia. Curiosamente, los psicoanalistas lacanianos, que como muchos otros profesionales sufrieron una cuota razonable de exilios y desapariciones, constituyeron un blanco menos visible por su escasa actividad pública en los años anteriores y por no practicar la psicoterapia de grupo. El avance relativo del psicoanálisis laciano durante los años duros del gobierno militar, por supuesto, no tuvo origen en ninguna coincidencia ideológica o política, pero quizá reflejó esa protección parcial otorgada por la oscuridad frente a la represión estatal. En el exilio interno, el proyecto cultural laciano tenía la ventaja adicional de un lenguaje críptico, aunque fuera en un castellano recién traducido del francés. Pero este encierro cultural del psicoanálisis, a diferencia de otros movimientos anteriores, era producto de la represión externa y no de la preeminencia del proyecto clínico.

En el exilio mexicano, un antiguo compañero de Masotta en *Contorno*, el filósofo y psicoanalista León Rozitchner, elaboró nuevas observaciones sobre lo siniestro en la sociedad argentina. Nos dice: «El fracaso político nos hizo caer de lo familiar en lo siniestro que el terror impune abrió como verdad histórica». Ahora el desvanecimiento de los límites entre la fantasía y la realidad no tiene lugar en un manejo del lenguaje por parte del poeta o del psicoanalista, que tiende trampas al lector, sino que aparece como forma de verificación de un espanto infantil. El terror de Estado instala en la sociedad argentina una versión de lo siniestro mediante la desaparición, la muerte en vida. No lo dice Rozitchner, pero bien cabría decirlo en ese contexto: el psicoanálisis argentino inventa bajo ese terror un lenguaje propio, al igual que lo desarrolla la novelística, para enfrentar psicológicamente esa nueva «ley del padre» impuesta mediante las torturas y desapariciones.

A partir de 1984, sin embargo, el lenguaje laciano pasó a ser a menudo el lenguaje oficial del psicoanálisis universitario y de los servicios hospitalarios, donde los discípulos de Masotta han tendido a proliferar. El inconsciente como lenguaje ya habla tanto francés como inglés y castellano. La reinserción en los espacios públicos después de la dictadura y la menor centralidad de la práctica privada, provocada sin duda por un exceso de oferta —entre los lacanianos, los psicoanalistas de la APA y las muchas otras variantes—, deja más posibilidades para la especulación teórica y las proyecciones culturales del psicoanálisis. De allí en más, proliferan las revistas, algunas efímeras, otras duraderas, donde se entrecruzan libremente la producción literaria y filosófica con el debate psicoanalítico. La nueva proyección cultural, bajo hegemonía laciana, refleja tanto la apertura del espacio público como la disponibilidad de tiempo que resulta de los cambios en la práctica profesional. La nueva «internacional del psicoanálisis»

ya no tiene más un eje institucional dentro de una asociación de corte profesional —ni tampoco en otras organizaciones internacionales alternativas— sino que se ramifica por numerosos canales de menor formalización, generosamente nutridos por el exilio y la migración de psicoanalistas argentinos que circulan con gran prominencia por el mundo cultural «latino».

V

Por primera vez en su historia, la organización internacional del psicoanálisis creada por Freud —mejor conocida como IPA, sus siglas en inglés— realizó su congreso internacional en 1991 en Buenos Aires, seguramente en reconocimiento de que los psicoanalistas latinoamericanos ya son el veinte por ciento de sus miembros, a pesar de la ausencia de los lacanianos dentro de ella. No fue fácil llegar a Buenos Aires, sin embargo, ciudad que muchos psicoanalistas del extranjero asociaban con las denuncias sobre prisión y desaparición de colegas levantadas en el congreso de 1977, aunque en aquel entonces las asociaciones argentinas solicitaron cautela en las declaraciones oficiales de la IPA para proteger la supervivencia de los que habían permanecido en el país. La IPA había proclamado su interés por reunirse en Río de Janeiro en 1983, pero esa decisión fue cancelada por las razones opuestas: al aflojarse los controles políticos del gobierno militar brasileño, se escucharon denuncias contra la participación de algún psicoanalista en la represión policial, colocando en una situación embarazosa a las asociaciones locales. ¿Qué ocurriría en Buenos Aires, donde el psicoanálisis suscita desde los años sesenta tan fuertes connotaciones políticas?

Nada de lo temido, por cierto. No fueron ni la represión política ni las acusaciones de complicidad las que provocaron un debate público. En el congreso se discutieron, entre muchos otros temas, algunos referidos a la violencia del Estado, pero la atención de los medios se centró en otras cosas. Por una parte, correspondía elegir a un candidato argentino para la presidencia de la IPA, y la competencia entre dos conocidos psicoanalistas concitó la atención pública general, en particular porque en la clínica porteña dirigida por uno de ellos se internaba coincidentalmente la ex-secretaria privada del presidente de la nación, afectada emocionalmente por una acusación que la vinculaba con el lavado de dinero originado en el narcotráfico. El incidente recordaba que la profesión ocupa un lugar central en la vida social del país, como es evidente por su presencia en los medios masivos de comunicación. Por otra parte, la presentación de un estudio psicoanalítico sobre la obra de Borges, que también incursionaba sobre su vida privada a partir de las revelaciones recientes sobre el célebre escritor, ori-